

La Tribuna de Toledo

Memoria Histórica

Las luchas de Petra

M.G./Toledo - lunes, 24 de marzo de 2014

La número 14.000. Nombre: Petra Cuevas, de Orgaz. Ingresó en una de las veinte cárceles madrileñas en otoño del 39, el 11 de octubre, un día que no pudo olvidar tras cruzar la puerta de un inmenso edificio blanco preparado para varios centenares de presas donde se amontonaban unas 4.000, un número que variaba a capricho de las ejecuciones. Poco tenía que ver aquella imponente construcción diseñada por Victoria Kent como prisión de mujeres, con lo que se encontró Petra a las pocas horas en Ventas. «Una mujer y yo dormimos con las piernas encima de las escaleras que daban a los retretes», recoge un libro de testimonios de represaliadas del Instituto de Estudios Altoaragoneses.

Esa primera noche ya se dio cuenta de la hambruna, de la sed, de la falta de agua para lavarse y del hacinamiento de las celdas, compartidas por más de una decena de mujeres, con sus jergones repletos de chinches. Allí aprendió a tener el oído en el grifo del servicio para aprovechar las gotas que caían de vez en cuando.

«Ha sido una luchadora toda la vida y no se rindió nunca», recuerda su sobrino Manolo con cierta admiración y un tanto abrumado cuando se le pregunta por su tía, fallecida el mes pasado a los 105 años, con una historia que conocen de sobra los medios de comunicación y los historiadores que le pusieron voz a las mujeres encarceladas tras la Guerra Civil.

Eso sí, siempre fue una mujer de ideas, «que murió con el carné del Partido Comunista», una de las impulsoras del Sindicato de la Aguja de UGT, fundado en los años 30 por costureras y

“**Petra Cuevas pasó años de calvario en distintas cárceles tras la Guerra Civil. Ingresó en la cárcel madrileña tres veces, pero también estuvo en la de San Isidro, en Calatayud, Zaragoza, Bilbao, Amorebieta y Segovia. Murió el mes pasado con 105 años.**”

bordadoras. Petra nunca se cansó de reivindicar ni de cantar para alegrar un poco aquellas galerías de mujeres condenadas a años de encierro, otras muchas al paredón del patio. Petra coincidió en la cárcel con las Trece Rosas, con Tomasa Cuevas y Juana Doña. Y también con una pobre señora de Mora que perdió a su marido porque «le mataron a palos como a un perro y le quitaron a sus hijos. Un buen día recibió una carta de su hija mayor diciéndole que reconocía que su padre era un asesino y que estaba avergonzada de ser hija de ellos», relató como testimonio para muchos historiadores.

En Ventas, Petra duró poco, sólo unos meses porque tuvo la suerte de convertirse en buena amiga de una mujer que estaba destinada en la oficina. esposa de un policía, y buscó la manera de perder su expediente. Obtuvo la libertad provisional, a condición de presentarse en la inclusa con frecuencia.

casi siete años en prisión. Madrid en aquellas fechas era traicionera para una sindicalista tan significada y Petra volvió a ser detenida a finales del 41 y trasladada a la Dirección General de Seguridad, al mismo sitio donde la primera vez recibió palizas, corrientes eléctricas hasta caer medio muerta y con las manos quemadas. Pero esta vez la respetaron gracias a un amigo de la familia, aunque Petra estuvo encerrada 40 días sin lavarse ni peinarse, comiendo lo justo y viendo de cerca las torturas del resto de detenidos.

Pero la vuelta a Ventas fue sólo el principio de más de seis años y medio de encarcelamiento en Madrid, Teruel, Amorebieta, Segovia y algunas más. «La cárcel no fue muy traumática para mi tía porque no ha sido nunca una mujer negativa», apunta su sobrino Manolo, que sonríe porque sabe que fue muy rebelde y sufrió muchos castigos «por negarse a cantar el cara al sol en el patio», por enfrentarse a las funcionarias e intentar ayudar a las compañeras encarceladas.

El tercer ingreso en Ventas, en septiembre de 1942, fue distinto porque estaba embarazada y días después se celebró el Consejo de Guerra, donde se acusó «a esta persona de izquierdas y de ideas marxistas», según los informes policiales, de un delito contra la Seguridad Interior del Estado y se le impuso una pena de doce años, aunque ella siempre tuvo la certeza de que pedirían la pena de muerte... En cambio, en todas las pruebas se decía que había tenido buena conducta.

En aquellos días lo único que le importaba es que su hija naciera sana y que en Ventas no se enteraran del embarazo porque quería dar a luz allí, con la ayuda de enfermeras «camaradas». Pero el secreto no duró mucho y la trasladaron a la cárcel de San Isidro, un penal más moderno, «parecido a un chalé», decía Petra, sólo en apariencia porque también se pasaba hambre y frío, separaban todo lo que podían a las madres de sus bebés, dejaban en el patio a los críos todo el día. También negaban la asistencia médica porque la hija de Petra murió a los seis meses de tosferina, que contrajo porque tras el parto estuvieron en una habitación en la que había muerto una niña y no habían desinfectado la cama.

Tras la muerte de su hija, Petra regresó a Ventas, pero de paso, porque a una funcionaria le contaron que ella y otras presas guardaban propaganda clandestina y el registro terminó en un forcejeo entre ambas hasta que la toledana consiguió tirar al vater los escritos que tenía en los

bolsillos. A partir de ahí, ingresó en varias cárceles hasta conseguir la libertad. Pasó por Calatayud, una cárcel con grandes problemas de humedad y estuvo nueve meses; Zaragoza, encerrada todo el tiempo en una celda de castigo por enfrentarse al director; Bilbao, aquí pasó unos días; Amorebieta, con un ingreso de nueve o diez meses. El último penal fue el de Segovia, donde recibió la noticia de la reducción de su pena, gracias a un decreto emitido en esas fechas, y obtuvo la libertad en enero de 1948.

muchas vidas. Petra tuvo claro cuando salió de la cárcel «que tenía que estudiar la manera de no volver más». Suficiente castigo: Casi siete años «flaca como una sardina», decía ella, sentada todo el día o andando siempre sobre el mismo suelo desgastado. Aun así, en los planes de esta toledana no estaba abandonar sus ideales políticos y sindicales pese a todo lo sufrido, aunque no pudo incorporarse al PCE y a CCOO hasta 1971, y se dedicó a ganarse algo de dinero como bordadora atendiendo encargos de conocidos. Muy lejos quedaba ya aquella época en la que Petra aprendió en los mejores casas de bordados, trabajó en los trajes de la reina Victoria Eugenia, y durante la guerra fue una de las impulsoras de una red de talleres de ropa para los milicianos.

«Petra era una mujer muy modesta», explica Manolo. Tanto que sentía pudor cada vez que un medio de comunicación se interesaba por su vida. Su sobrino sabe que ha sufrido mucho «porque vio caer a mucha gente», pero mantuvo intactas sus convicciones y abrió todos los días el local del PCE que consiguió en el barrio de Tetuán hasta los 90 años. La vejez le ganó la batalla, pero no sus luchas.